

# Alimentación, crisis agrícola y economía campesina

Los problemas de la alimentación y del hambre tienen alcance mundial. En plena era de la tecnología que ha permitido al hombre iniciar la exploración sideral, ciertos de millones de personas sufren la muerte lenta por desnutrición. Muchos otros habitantes de la Tierra practican un verdadero derroche alimentario, incluso en perjuicio de su salud. Esos extremos sólo son posibles merced a la persistencia, en el seno de muchos países, de injustas estructuras de producción y distribución y a un orden económico internacional inequitativo.

La desnutrición en los países capitalistas está más generalizada de lo que se cree. En verdad se trata de la "enfermedad" más difundida del mundo, sobre todo en las naciones periféricas.<sup>1</sup> Es desde luego una enfermedad socioeconómica y política que ha llevado a considerar como algo "normal" para las clases de menores ingresos una situación que pone en constante peligro la vida misma. Sólo en casos extremos es resultado de situaciones catastróficas, como sequías, inundaciones o guerras; en realidad, es una catástrofe permanente. En un país centroamericano, por ejemplo, un terremoto reciente provocó 20% más de muertes que la cifra anual estimada a causa de la desnutrición. Sin embargo, el primer fenómeno se consideró, unánimemente y con razón, como un horrible desastre, en tanto que el segundo se diluye como una circunstancia cotidiana que no merece consideración especial alguna en los medios de comunicación de masas. La desnutrición tampoco obedece exclusivamente a la falta de recursos agropecuarios —que son dinámicos— o a la escasez relativa de tierras en condiciones de producir. Se puede comprobar que en muchos países gran parte de la población no tiene una dieta adecuada, a pesar de que cuenten con extensiones cultivables mayores que las de otras naciones en las que el problema es menos considerable o simplemente no existe.

Dada la magnitud del fenómeno, que en muchas regiones del planeta salta literalmente a los ojos con sólo recorrer campos y ciudades, es comprensible que haya gran preocupación al respecto. Organismos internacionales, gobiernos, universidades e institutos de investigación, fundaciones orientadas a cumplir propósitos sociales, estudiosos y políticos se ocupan de tan apremiante asunto. Empero, entre todos ellos se extiende cada vez más la convicción de que no tiene salida fácil ni solución única: no es un problema exclusivamente técnico, ni exclusivamente social y económico, ni sus dimensiones son puramente políticas.

En ese marco se inscribe la Cuarta Reunión Ministerial del Consejo Mundial de la Alimentación, celebrada a mediados del presente mes en la capital mexicana. Al inaugurar las sesiones, el presidente de México, José López Portillo, expresó con claridad el nudo del asunto:

1. Esta idea se desarrolla en José Carlos Escudero, "Desnutrición en América Latina: su magnitud" (mimeo.), México, 1977, y en Elsa López, "Agricultura, nutrición y neomaltusianismo, con especial referencia al caso mexicano", versión preliminar. Ambos trabajos forman parte de un estudio sobre la sequía y el hambre, emprendido por la International Federation of Institutes for Advanced Studies, de Solna, Suecia.

"Lo que fundamentalmente debemos establecer es si la humanidad es solidaria; si el problema del hambre es un problema de toda la humanidad o sólo de los pueblos que padecen hambre; si el problema de la alimentación importa también a los poderosos".

Senaló el Presidente que "el problema de los países que no tienen ni siquiera para comer no se resolverá con el desarme, sino que la solución reside en la voluntad humana y su capacidad de decisión y de acción; en la voluntad política y de acción práctica". En efecto, para darle solución definitiva es preciso satisfacer dos condiciones:

En primer lugar, que los países afectados por las distintas formas del hambre y la desnutrición concreten su voluntad política de erradicarlas y realicen los cambios estructurales indispensables para aumentar la producción alimentaria y, sobre todo, para distribuir los alimentos con justicia social, garantizando cuando menos la satisfacción de los mínimos vitales de toda la población.

En segundo lugar, que esa política interna se apoye en una economía nacional con mejores perspectivas de desarrollo, lo que exige necesariamente un reordenamiento de la economía internacional, que en la actualidad funciona en detrimento de los países pobres.

La relación entre ambas condiciones es insoslayable y sólo teniéndola cabalmente en cuenta es posible resolver el problema alimentario global.

No cabe duda que los excedentes cerealeros estadounidenses podrían cubrir el déficit de granos del Tercer Mundo. Cabría pensar que la posibilidad de satisfacer las ingentes necesidades alimentarias de los países subdesarrollados radica en las economías capitalistas avanzadas, sobre todo en la de Estados Unidos. Empero, esa sólo puede ser una solución en lo inmediato. Si se examina el problema del hambre y la desnutrición con una perspectiva histórica y social más amplia queda claro que aquellos países deben vencer sus dificultades alimentarias mediante su propia producción y esfuerzo. Sin embargo, ello no disminuye en manera alguna la necesidad imperativa de pugnar por que encuentren mejores condiciones de precio y oportunidad en los mercados mundiales de alimentos y por que dispongan de ayuda amplia y puntual en casos de desastre. Tampoco los exime de establecer en su ámbito nacional las condiciones adecuadas para distribuir equitativamente los alimentos que produzcan, adquieran o reciban en calidad de donación.

Hasta ahora, el análisis del hambre en el mundo se ha realizado principalmente según dos corrientes antagónicas de pensamiento. Conforme a la primera, acaso mejor representada por el modelo del Club de Roma y el Instituto Tecnológico de Massachusetts,<sup>2</sup> se llega a conclusiones ominosas respecto al futuro de la humanidad. Se vincula en él la disponibilidad de recursos naturales con el crecimiento demográfico y con las modificaciones ambientales, considerando implícitamente que se mantendrá invariable la actual organización socioeconómica mundial. Así, se concluye que el crecimiento poblacional ha sido excesivamente rápido en los últimos años, mientras que la producción de alimentos *per capita* se ha mantenido estable en los países no industrializados. Además, son éstos los que tienen la expansión demográfica mayor y en su perjuicio se acrecienta cada vez más la ya considerable brecha económica que separa al mundo en ricos y pobres.

Se afirma que un tercio de la población mundial está subalimentado y que la tierra disponible para nuevos cultivos es insuficiente y cada vez menos productiva por efectos de la erosión. Asimismo, los costos de explotación por hectárea crecen continuamente y la disponibilidad de agua también es limitada. Ese tipo de modelo plantea, en síntesis, una situación de caos en el futuro, que sólo podría conjurarse manteniendo estable la magnitud de la población, disminuyendo el consumo industrial y la contaminación e incrementando la producción de alimentos.

2. Véase D.H. Meadows, et al., *Los límites del crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

En la misma línea teórica, otros futurólogos calcularon que los países subdesarrollados necesitarán 100 años para alcanzar un ingreso equivalente a 45% del producto bruto actual de las naciones industrializadas y 200 años para llegar al presente nivel de nutrición de los estadounidenses.<sup>3</sup> Debe tenerse en cuenta que sólo para mantener el actual nivel de nutrición, en los próximos 36 años habría que producir una cantidad de alimentos similar a la consumida a lo largo de 12 000 años de vida humana.

Según la otra línea de análisis, los límites del crecimiento y del bienestar no están dados únicamente por la disponibilidad de recursos, el ambiente físico y las relaciones de ambos con la población. Los principales obstáculos tienen su origen en una defectuosa organización socioeconómica y política. Así, se parte de una crítica de la sociedad actual y el análisis no se desarrolla como la simple proyección de las tendencias presentes.

Los que postulan este tipo de pensamiento, cuyo ejemplo más representativo quizá sea el llamado modelo mundial latinoamericano, encomendado a la Fundación Bariloche, de Argentina,<sup>4</sup> sostienen que la única manera de regular el crecimiento de la población es mejorando las condiciones de vida. Esta tarea es, desde luego, impostergable, ya que no se trata sólo de evitar una catástrofe futura, sino también —y sobre todo— de acabar con las catástrofes inmediatas, cotidianas, que padece la mayoría de los pobladores del planeta: el hambre y la desnutrición crónica, el hacinamiento, el analfabetismo, la insalubridad, la muerte prematura. . .

Los investigadores de Bariloche afirman que puede alcanzarse el equilibrio antes de que se sature la capacidad de producir alimentos (alrededor del año 2060), si se mantiene la tecnología actual. Señalan que, por su bajo nivel de ingresos, los países subdesarrollados no pueden adquirir en el mercado los alimentos que le sobran al mundo industrializado. Al analizar los motivos que provocan o agravan la falta de alimentos, no insisten en la limitación del recurso tierra, que es irreversible, sino en su régimen de propiedad, que es modificable y constituye un aspecto no estudiado en el modelo de Massachusetts.

Los investigadores de Bariloche dicen que si la proyección futura de la sociedad actual conduce a la catástrofe, no hay que desarrollar respuestas adaptativas del sistema social vigente, sino construir una sociedad liberada del atraso y la miseria, basada en la igualdad y la participación, tanto en escala nacional como internacional. Para mejorar el nivel de vida en el Tercer Mundo, la condición prioritaria no es reducir el crecimiento demográfico, sino erradicar el subdesarrollo. Por ello no se debe copiar el patrón de consumo de los países industrializados. Al contrario, debe impedirse el derroche y sustituir la ganancia como norma suprema para orientarse a satisfacer las necesidades sociales. En una sociedad organizada para producir los bienes materiales y culturales necesarios, el ritmo de producción tenderá a reducirse cuando se alcance cierto nivel de desarrollo, con lo que paulatinamente decrecerá la presión sobre los recursos naturales y el ambiente.

En el modelo de Bariloche se propone una disminución del ritmo de crecimiento económico en los países desarrollados y un incremento en los subdesarrollados, de tal manera que una parte del excedente obtenido por los primeros se desplace hacia el Tercer Mundo. En la investigación se señala que todavía no se conocen plenamente las características físicas y químicas de la corteza terrestre y que tampoco se sospecha la índole de los cambios científicos y tecnológicos posibles en los próximos cien años (que es el período estudiado), por lo que el concepto de la limitación de los recursos adquiere un carácter histórico relativo.

En los países subdesarrollados y en la economía mundial capitalista, las políticas

3. Véase H. Kahn, et al., *The Next 200 years: A Scenary for America and the World*, William Morrow, Nueva York.

4. Véase Amílcar Herrera (coord.), *Catastrophe or New Society. A Latin America World Model*, Research Centre for the International Development, Ottawa, 1976.

alimentarias siguen, de una u otra manera, el curso marcado por los investigadores que se inspiran en la primera línea de pensamiento. Así, los intentos para desarrollar la agricultura se basan en los lineamientos de las empresas transnacionales, la promoción del mercado y la erradicación de la economía campesina de subsistencia. Por otra parte, la organización del mercado mundial y la concentración de la capacidad de exportar alimentos en Estados Unidos dan a este país la posibilidad de hacer un uso político de sus excedentes alimentarios (el llamado *food power*), en perjuicio de los países periféricos y de otros importadores de alimentos.

En el primer caso conviene examinar las experiencias de la "revolución verde" y los efectos de la acción de las transnacionales y de su tecnología en el agro de los países periféricos.

El crecimiento de la agricultura de los países subdesarrollados no ha sido suficiente para responder a las mayores necesidades alimentarias de su creciente población. En los últimos decenios la crisis agraria ha sido el factor fundamental del déficit de alimentos del Tercer Mundo.

Ante la amenaza de un desastre económico y social de alcances inimaginables y debido a los nuevos horizontes de inversión que se ofrecen a sus empresas transnacionales, los países desarrollados se han interesado cada vez más en el asunto. Así, alientan la modernización de la agricultura de los países subdesarrollados, generalmente con el apoyo de los sectores sociales más retardatarios y poderosos.

La controvertida "revolución verde" fue el más generalizado intento de desarrollar la agricultura capitalista en el Tercer Mundo.<sup>5</sup> Es incuestionable que la nueva tecnología propició un rápido aumento de los rendimientos. Empero, la "revolución verde" se localizó exclusivamente en tierras de buena calidad o beneficiadas con obras de riego financiadas con créditos selectivos. La nueva técnica no se aplicó en las zonas más pobres y, por el contrario, la agricultura capitalista comercial creció a costa de la economía campesina de subsistencia, con lo cual aumentaron el desempleo y la marginación. Aún más, la incorporación indiscriminada de nuevas técnicas en regiones cuyas tierras no son aptas para ello, significó en muchas ocasiones una mayor erosión, la disminución posterior de los rendimientos, la desertización, etc. Simultáneamente, la nueva y moderna agricultura capitalista elevó los precios de los alimentos de consumo popular y se orientó hacia el mercado de exportación, con lo que nada aportó a la solución de los problemas de la población de bajos ingresos.

En relación con el denominado *food power*, conviene destacar que, hasta fines del decenio de los sesenta, la agricultura de Estados Unidos se expandió sobre la base de las grandes ventajas naturales de ese país y de un sistema de precios relativamente estable, gracias al mantenimiento de grandes reservas de granos. Los saldos favorables en las cuentas externas permitían al Gobierno estadounidense subsidiar exportaciones para los países pobres, dentro de un régimen de ayuda internacional, y adquirir granos para sus propias reservas. Sin embargo, el deterioro de la balanza de pagos, la crisis monetaria internacional y la caída del dólar llevaron a Estados Unidos a abandonar los subsidios, a disponer de las reservas de granos y, en fin, a modificar completamente su política agrícola. En los primeros años de aplicación de esta política el medio rural estadounidense se vio envuelto en la más grave recesión habida desde 1930. En 1972 sobrevino una sequía mundial y los precios se elevaron considerablemente. La agricultura de Estados Unidos entró en una etapa de prosperidad inusitada. Los granos, que antes habían sido un producto subsidiado y de segundo orden en la lista de exportación, contribuyeron significativamente a aliviar el déficit de su balanza comercial.

5. Véanse "La política alimentaria: instrumento de dominio o de progreso?", editorial de *Comercio Exterior*, vol. 27, núm. 4, México, abril de 1977, pp. 399-405; Keith Griffin, *The Political Economy of Agrarian Change. An Essay on the Green Revolution*, Macmillan, Londres, 1974.

El Gobierno estadounidense se dio cuenta de que su enorme influencia en la alimentación mundial no sólo lo dotaba de un inmejorable instrumento de exportación, sino también de un medio eficaz para presionar al resto del mundo, particularmente a los países pobres. Estos últimos, privados de la ayuda subsidiada, tuvieron que procurarse los alimentos en el mercado mundial, a precios que durante más de dos años se mantuvieron en alza.

Dicha práctica comercial y política fue elevada al rango de estrategia por Estados Unidos. En efecto, en un famoso estudio oficial<sup>6</sup> se aconsejó aumentar la influencia de este país en el Tercer Mundo a partir de la exportación de granos, lo que también conduciría a mejorar la balanza de pagos y a contar con una especie de "derecho de vida o muerte" sobre los pueblos de la Tierra.<sup>7</sup>

La estructura agrícola de los países subdesarrollados, sin duda el terreno principal en el que deberá librarse la batalla contra el hambre, está condicionada, de esa manera, por dos factores: la acción en el mercado nacional de los grupos hegemónicos agroindustriales y de las empresas transnacionales de la rama de la alimentación y, por otro lado, las presiones económicas y políticas que se derivan del mercado mundial de los cereales.

En un informe de la Brookings Institution se ha señalado que no hay evidencias de que pueda presentarse una escasez real de alimentos, por lo menos hasta el fin del presente siglo. Por otra parte, se agrega que es lícito suponer, con base en los conocimientos científicos y técnicos actuales, que se podrán lograr mejoras de la productividad en una escala creciente y durante mucho tiempo.<sup>8</sup> En ese mismo informe se destaca que la producción de cereales necesita crecer a un mínimo de 3% anual y que existe un amplio margen para elevar la productividad por hectárea, dado que, aun en los países industrializados, el rendimiento medio de las cosechas es muy inferior al logrado por los productores más eficientes.

Es evidente que el problema de la alimentación en los países subdesarrollados no puede encararse con métodos o proyecciones influidos ideológicamente por las pautas de los países capitalistas dominantes. De seguirse ese camino, inevitablemente se desemboca en un callejón sin salida que entraña congelar el crecimiento económico y demográfico y no modificar la *calidad* del desarrollo. Piénsese que, para elevar el consumo mundial de alimentos al promedio que actualmente disfrutan los países industrializados, habría que aumentar 400% la producción agrícola: una utopía inalcanzable en el corto y mediano plazo. Al contrario, se trata de racionalizar el uso de los recursos para alimentar adecuadamente al mundo, y no de promover el consumo excesivo y el desperdicio que prevalece en los países industrializados, causa de la contaminación creciente de la naturaleza y de la agudización de las diferencias sociales.

Los países subdesarrollados, con cerca de 70% de la población mundial, apenas disponen de 49% de la producción total de cereales. Por otra parte, en las naciones industrializadas se destina 70% de los cereales a la alimentación de ganado y no a satisfacer las necesidades alimentarias directas de los hombres. Debe tenerse en cuenta que el consumo medio actual de proteínas es deficitario en 20% en los países subdesarrollados y tiene un exceso de más de 35% en las naciones industrializadas, con respecto a las dosis aconsejadas por los nutriólogos. En esas condiciones, es evidente que la utilización de cereales para convertirlos en proteínas de origen animal es poco menos que un atentado contra la mayor parte de la humanidad.

Indudablemente, lo peor que podría suceder es que el desarrollo de la producción agrícola del Tercer Mundo se sometiera por completo a las pautas consumistas de crecimiento. Es imprescindible evitar que los mecanismos del mercado propaguen esa

6. Central Intelligence Agency, *Potential Implications of Trends in World Population, Food Production and Climate*, OPR-401, Washington, agosto de 1974.

7. Véase el trabajo de la Brookings Institution sobre productos primarios, "A elegir, conflicto o cooperación", en *Perspectivas Económicas*, núm. 12, Washington, 1975.

8. Véase *Comercio Exterior*, *op. cit.*

irracional combinación de desperdicio y carencia, que --acompañada por la ya abrumadora distribución desigual de los consumos que rige en la periferia -- haría inalcanzable la meta de alimentar adecuadamente a todos los habitantes del mundo.

El consumo basado en una dieta de origen animal representa un gasto de calorías muy superior al que exige una dieta más inclinada hacia los vegetales.<sup>9</sup> Los patrones alimentarios basados en las carnes representan, para los países subdesarrollados, un costo más elevado, un plazo más largo y un inevitable desperdicio de recursos para lograr una dieta adecuada. Las transnacionales imponen estas pautas en los mercados nacionales de la periferia y conducen a la paulatina erradicación de prácticas alimentarias autóctonas, accesibles a la población de menores recursos. Con ello, aceleran el deterioro de la economía campesina y obstaculizan el desenvolvimiento de la economía agrícola en su conjunto, al acrecentar la marginalidad, encarecer los alimentos, modificar la dieta y propiciar una distribución más desigual del ingreso.

Los propagandistas de la agroindustria suelen olvidar la importancia de la economía campesina de subsistencia y la pequeña empresa agrícola en países con grandes diferencias en la distribución del ingreso y con fuerte desempleo agrícola y marginación urbana. La gran empresa agroindustrial no siempre es la solución, ni siquiera en los países industrializados. Convendría recordar que en Europa occidental y en Estados Unidos la producción de alimentos está asegurada por empresas de pequeñas dimensiones que trabajan con costos inferiores a los exigidos por la gran explotación capitalista.<sup>10</sup>

Por último, no hay que dejar de lado la importancia de la distribución del ingreso y los recursos. Muchos dudan que se pueda alimentar aceptablemente a todos los hombres del mundo. Sin embargo, bastaría distribuir en forma equitativa la actual producción agrícola mundial para que cada habitante de la Tierra dispusiera de una dieta suficiente en términos de calorías y proteínas. Este ejemplo es sólo un recurso para resaltar la importancia de la distribución, pero permite tener en cuenta que el problema fundamental no radica tanto en la incapacidad de producir alimentos, como en la desigual distribución del ingreso y los recursos, sobre todo en los países subdesarrollados. En estos últimos, las clases altas y las medias de elevados ingresos tienen un tipo de consumo y una dieta alimentaria similar a la de los países avanzados; el problema está en la mayoría de bajos ingresos, en los subocupados y en los desocupados, una gran parte de los cuales son campesinos.

Todos los países deberían aplicar las recomendaciones generales de las conferencias mundiales de alimentación. Sin embargo, muchas perderían su sentido si no estuvieran acompañadas, en cada país, de la voluntad política para remover las causas del atraso y mejorar la distribución del ingreso. Esa política supone un programa de desarrollo con mayores oportunidades de empleo y una estructura de comercialización que cierre el paso a las pautas de consumo copiadas de las naciones industrializadas.

Indudablemente, el eslabón central de la lucha contra el hambre se localiza en la agricultura. Será preciso evitar la desaparición de la agricultura campesina, asignándole el espacio social, económico y político indispensable para que pueda contribuir a resolver el problema alimentario.

Conviene no olvidar que la solución depende de las políticas internas mencionadas y de un nuevo orden económico internacional, caracterizado por precios justos y estables para las materias primas, trato financiero equitativo, comercio menos restringido, asistencia más firme y menos onerosa. Todo ello debe estar encaminado a vencer el subdesarrollo y su inevitable secuela de hambre y desnutrición.□

9. La producción de una caloría en forma de carne de ganado vacuno exige un consumo previo, por parte de éste, de 3.5 a 4 calorías de origen vegetal.

10. Claude Seronlin, "Le paysan dans les pays capitalistes développés", en *Le Monde Diplomatique*, París, septiembre de 1975.